

## La prueba de los milagros

Muy endeble es también el argumento de Swinburne basado en la historia y los milagros, entendidos como una violación de las leyes de la naturaleza producida por Dios como respuesta a plegarias y a su deseo de transmitir un mensaje a la humanidad de manera directa o a través de otros.

Este autor considera «cuatro clases de evidencia acerca de lo que sucedió en una ocasión particular pasada» (pág. 318): 1) Recuerdo de lo que sucedió. 2) Testimonios de otros. 3) Vestigios del pasado. 4) Nuestro conocimiento antecedente. De estas razones la más relevante me parece la última. El recuerdo de algo puede estar contaminado por muchas cosas: nuestros prejuicios previos, la deformación por el paso del tiempo, o alteraciones naturales o artificiales de nuestros sentidos o del intelecto. Alguien puede recordar como verdadero algo que nunca ha sucedido más que en su imaginación. Los testimonios, tal como podemos ver en cualquier juicio, pueden

ser falsos o erróneos por múltiples razones. La credibilidad de los testigos depende de la coherencia de su relato con los datos disponibles y con nuestro conocimiento previo. El número de testigos de un suceso es también otro factor a tener en cuenta. Los vestigios del pasado (huellas dactilares, cenizas, casquillos de bala, etc.) son elementos, correctamente interpretados, más fiables incluso que los testimonios humanos.

Pero para que los testimonios y las pruebas forenses sean creíbles deben ser coherentes con lo que llamamos conocimiento antecedente, es decir, con nuestra percepción habitual del mundo. Si alguien se presenta en una comisaría de policía afirmando que ha sido abducido por extraterrestres de cinco metros de altura y conducido por la fuerza a una nave espacial donde han realizado extraños experimentos con él, difícilmente un juez admitiría esa denuncia a trámite. Lo lógico es que los policías piensen que esa persona tiene algún tipo de problema psicológico o que está bajo los efectos del alcohol o de las drogas. Con toda seguridad lo que harían esos agentes de la ley sería investigar al sujeto en cuestión por presentar una falsa denuncia. ¿Por qué actúan de esa forma? La respuesta es evidente: porque lo testificado por el denunciante contradice todo el conocimiento previo de la realidad que tienen.

Lo mismo sucede con los milagros, que violan las leyes de la naturaleza que conocemos. Nunca en la historia de la humanidad, en ningún lugar del mundo, se han tenido pruebas de una persona que resucitara después de muerta. Si alguien afirma que se ha producido una resurrección lo lógico es pensar que esa persona miente, ha creído ver algo que no ha sucedido o que su percepción del mundo está alterada de alguna forma. Para llegar a creernos algo como la resurrección de Jesús de Nazaret se necesitarían pruebas extraordinariamente sólidas, y no los simples testimonios de sus discípulos más cercanos escritos décadas después de los hechos relatados. No podemos, por lo tanto, aceptar la veracidad de ese milagro, ni de ningún otro. Los llamados «milagros» son simplemente relatos fantásticos creados por personas, algunas veces inventados con oscuras intenciones, que profesan una fe irracional que les hace ver cosas que no existen.

Para finalizar este apartado me gustaría hacerme eco de las objeciones que plantea David Hume en la sección 10 de la *Investigación sobre el conocimiento humano* (23) a los milagros, ya que algunas de ellas me parecen

muy acertadas: 1) «No se puede encontrar en toda la historia ningún milagro atestiguado por un número suficiente de hombres de tan incuestionable buen sentido, educación y conocimientos como para salvarnos de cualquier equivocación al respecto» (pág. 141). 2) «La intensa propensión de la humanidad a lo extraordinario y lo maravilloso» (pág. 143) es otra de las causas que nos hacen creer en estos fenómenos sobrenaturales. 3) «Constituye una fuerte presunción contra toda narración sobrenatural o milagrosa el hecho de que principalmente abunden en naciones bárbaras e ignorantes». 4) «Los prodigios de las distintas religiones han de considerarse como hechos contrarios» (pág. 146), porque el de una religión desautoriza a las demás.

De estos cuatro puntos los más acertados son los dos primeros. El tercero es falso. La creencia en los milagros es algo que está también profundamente arraigado en naciones desarrolladas, como pueden ser los EE. UU. o España, no sólo en países subdesarrollados (llamados «bárbaros» por Hume).

La cuarta objeción es correcta. Pero, tal como señala acertadamente Swinburne, «muy pocos supuestos milagros tienen ese carácter» (pág. 323), porque «la mayoría son simplemente respuestas a plegarias por las necesidades de individuos particulares», algo que es compatible con la mayoría de religiones. Dos milagros excluyentes serían, por ejemplo, la inmaculada concepción o la ascensión de la Virgen María, que son aceptados por el catolicismo, pero rechazados por el protestantismo. Su aceptación o rechazo confirma o refuta una de esas dos confesiones.

Ciertamente la creencia en muchos milagros puede deberse al hecho de tomar por verdaderos testimonios equivocados, tal como dice Hume en su primera objeción. Pero mucho más acertada es, según mi parecer, su segunda crítica, la que achaca a la naturaleza fabuladora del ser humano su tendencia a creer en hechos extraordinarios contrarios a nuestra experiencia cotidiana. A la mayoría de personas les gustan las leyendas, los mitos, la fantasía y la ficción. Si esos acontecimientos milagrosos están, además, avalados por una tradición secular y por una comunidad religiosa que los acepta, tienen grandes posibilidades de ser tomados por verdaderos. La realidad cotidiana le resulta a muchos vulgar y prosaica, por eso necesitan imaginar otros mundos, países

lejanos y exóticos, aventuras extraordinarias y seres mitológicos. Esa es una de las razones profundas del éxito de las religiones en el mundo. La creencia en realidades basadas en la fe y la tradición contribuye a saciar esa sed de fabulación que siente el ser humano. El problema surge cuando confundimos la realidad con la fantasía, cuando pasamos de la mitología y la literatura a una religión dogmática.

